

Murcia

Francisca Moreno Nicolás, 77 años

Abraham López Soto, 18 años

ESTA ADELA, NO ES LA MENOR

Permítanme contarles una historia.

Es una historia sobre una joven, llamada Adela. Ella representaba la juventud, la curiosidad y la pasión, en una casa llena de trabajos y penas. Adela trabajaba desde muy joven con su padre en el campo. Tenía más hermanas: la mayor, Angustias, inmersa en la mentalidad de la época, estaba hastiada de todo y sólo quería irse de casa; después de Adela iba Magdalena su aliada eventual y compañera de pillerías y escarceos; seguida de Amelia, con poco papel en esta historia, algo mimada y consentida, y por último y con menos interés en la misma, el hijo menor.

La razón por la que una mujer entre tantas resalta, y nos llama la atención por su esperanza, determinación, y alegría en contraposición con las demás, la desconozco, pero así es Adela. Trabajadora desde los seis años como ella sola, como sus manos y su piel nos indican, sólo encontraba consuelo en su abuela, un personaje dulce y cariñoso, culpable quizás del cariño que mana de Adela. Se sabe de la reclusión que sufren las hermanas, así como de la tenacidad y el orgullo con el que su padre Bernardo les ordena qué deben hacer y qué no hacer, qué deben querer, y qué no. Además, se sabe que ellas, o al menos Adela, sueñan con el mundo exterior. Un mundo al que le es difícil acceder: el mundo de la libertad, la juventud, la pasión. Desea estudiar y emprender, porque es inteligente. Pero la sociedad de su tiempo, e incluso el qué dirán se lo impiden. Todo parece indicar que la joven Adela está abocada a la amargura.

Si han reconocido mi respetuoso símil, no se alarmen, no intento plagiar a nadie. Pero tengan por seguro, que si Federico García Lorca hubiera conocido a la familia de mi cariñosa Francisca, sin duda, hubiera sido la inspiración de su magnífica obra. Y es que la realidad supera siempre la ficción. Quisiera que se inspiraran en el aroma de *La Casa de Bernarda Alba* de Lorca, para que entiendan de forma exacta la vida de Francisca “la pequeña Cenicienta”, como ella misma se autodenomina. Así comprenderán cómo me emocionó el *collage* de anécdotas variadas, pintorescas, y grises, con el que Francisca me ha enmarcado su vida. Pueden creer que su familia es la que he descrito, es totalmente fiable, como podrán comprobar; ausente de nombres por respeto a la misma. Les voy a mostrar la historia de Cenicienta. Pero puedo asegurar que acaba bien.

Con una mirada indescifrable, mezcla de nostalgia por mirar atrás, tristeza por sus injusticias, y picardía por sus travesuras, Francisca me descubre aquel mundo en blanco y negro, (más negro para ella que blanco) del que nuestra generación hemos oído tanto. Con estas parejas, nos cercioramos de eso que siempre sospechamos, y afirmamos, pero nunca valoramos: que las cosas no siempre fueron como ahora son.

Nacida en el seno de una familia humilde, en el Cabezo de Torres, Monteagudo; desde muy joven comenzó a trabajar en el campo. Su padre era un hombre inmerso en su tiempo, un trabajador endurecido que ansiaba la prosperidad como fuera. Nuestra pequeña Cenicienta, previa disputa con el profesor, que no aceptaba a alguien tan joven en la escuela, pudo aprender medianamente las cuentas y casi a leer, pese a que a los 15 días Francisca tuvo que volver a los campos, quizás porque para ser mujer y niña ya aprendió suficiente. Además, ella no debía “escaquearse del trabajo”; aún recuerda con pena mi interlocutora cómo el profesor le felicitaba incluso con las niñas más mayores que ella, por el interés con el que estudiaba y la rapidez con la que aprendía. Me comenta al respecto cómo, mientras su padre salía a vender, y ella se quedaba en el campo, segando, rastrillando u ocupándose de los cultivos, dibujaba en la tierra las letras y practicaba cómo leer. Y cómo el padre ignoraba los comentarios de los vecinos, por tener a una niña menor de diez años arando el campo. Ésa, su juventud y su situación no cambió ni durante la guerra, ni tras ella. El hambre azotó con ahínco, y cuenta con ternura cómo una noche de intensa lluvia,



su padre y ella estaban en el magual y allí prepararon dos panochas asadas para cenar, antes de intentar descansar.

Daba igual el trabajo que fuera, Francisca obedecía a su padre, recogía hojas de limonero, higos, habichuelas, alfalfa...; pero la rudeza del trabajo en el campo hacían mella, y hasta una vez le dieron calenturas de paludismo. No por ello dejó de trabajar, incluso la reprendían cuando intentaba refrescarse con el agua del aljibe. En otra ocasión, ella en lo alto del carro de alfalfa y en un quiebro de la mula, casi no la cuenta si no es por “el gandul del pueblo”, dice ella sonriendo. Algo más moza, la comunión la hizo sola, al contrario que otras niñas; como regalo, el cariño de su abuela, y una buena tajada de sandía. Una abuela siempre dispuesta a prestar su hombro. Relata con pasión cómo convaleciente su abuela -“era una santa”- supo incluso cuándo expiraría. Un único apoyo perdido, frente a una familia fraguada por la necesidad, y la crudeza.

Pocas ocasiones le quedaban a nuestra pequeña Cenicienta para pasarlo bien; pero sí marcaré cómo ganó varios concursos entre amigos en un local cercano a su casa. Se escabullía con su querida Lola por las noches, a hurtadillas, a bailar, su gran pasión. Mediante la música y el baile disipaban, estoy seguro la negrura de su vida.

Sin embargo no paró de trabajar, y con 17 años entró en la Fábrica Hortícola del Segura, y empezaron a surgir los pretendientes; uno de ellos su actual marido Juan, que vió en ella cuanto deseaba: -“viniendo los jóvenes del molino un día ya lo comentaban con él, pero él callandico ya tenía a la Francisca en su pensamiento”.

No fue fácil, como es de imaginar, el noviazgo de los amantes en casa. El cabeza de familia pensaba malintencionadamente que el joven quería sus tierras, y no escondía su rechazo ante el posible yerno, hasta que en una ocasión lo echó de casa. Al ir a la mili, Francisca se ocupó de seguir trabajando y continuar, por su cuenta, aprendiendo a leer, para atender debidamente la correspondencia de su novio, haciendo acopio de su noble orgullo, porque a ella “no le iba nadie a leer las cartas”, aunque efectivamente, se las leyeron a escondidas en una ocasión. Finalmente se arreglaron, y Francisca gracias a unos vecinos se fué a servir a una casa en los Alcázares, con un trabajo mucho más descargado y fácil de llevar, disfrutando de cierta tranquilidad, aunque sólo por unos días.

Prometí que la historia acababa bien, y no les miento. Francisca quería casarse de blanco, y a los 28 años así lo hizo, para ser por última vez una Cenicienta. Como me cuenta con alegría, su marido fue paciente y dulce con ella, como buen esposo, y sonrío, pícara, diciendo que ella tiene mucho carácter. Su vida parece ahora invertida; se me antoja Francisca como una muchacha de apenas 20 años, reuniéndose con sus amigos, saliendo de viaje, conociendo el mundo que tanto ansiaba conocer (con chófer incluido). Orgullosa por poder haber dado a sus hijos, de lo cual soy testigo, posibilidades y valores que ella no tuvo. Viviendo una vida de libertad, y siempre experimentando, aprendiendo...y bailando, por supuesto.

Es, como les digo, una vida de cuento. De una época donde vislumbramos el valor del ímpetu y el esfuerzo humanos, que a tantos familiares llevó el afán de superación académica, social, y espiritual.

A ti, Francisca, porque te lo mereces.